

dad: «Nadie nace esclavo, dice *Filemon*, la fortuna es quien reduce al cuerpo á esclavitud» (1). La esclavitud existia entre todos los pueblos. Aristóteles quiso legitimar este hecho; pero los poetas, órganos del género humano, reivindicaron la igualdad, este emblema del mundo nuevo que ha de nacer de las ruinas del mundo antiguo.

(1) PHILEMON., p. 124, núm. 39.

CAPITULO IV.

LOS HISTORIADORES.

§ 1.—Herodoto.

Los Grandes Reyes, dueños del Asia, sucumbieron en su lucha con algunos pequeños pueblos de la Grecia. El genio de Herodoto se inflamó con la victoria de la libertad sobre el despotismo, y fué el historiador de aquella guerra gloriosa. Aun cuando él ante todo es narrador, la grandeza del asunto despertó en él reflexiones políticas y morales. Los Griegos estaban divididos en una multitud de pequeñas repúblicas, cuya envidia tenía toda la acritud de los odios de familia. La invasion de los Persas fué la ocasion de una asociacion temporal. Herodoto conoció que gracias á esta union habían triunfado los Helenos de sus innumerables enemigos, y tuvo la desgracia de verles ántes de morir desgarrarse unos á otros en la guerra del Peloponeso (1). El historiador, inspirándose en el pasado y en el presente, comprendió la necesidad de un lazo permanente entre los pueblos de la Grecia. En toda su obra se manifiesta un vivo sentimiento de la unidad griega: «Los Helenos, dice, forman un cuerpo originario de una misma sangre, que hablan la misma lengua, tienen los mismos dioses, los mismos templos, los mismos sacrificios, las mismas costumbres.» Pone en boca de Mardonio censuras á los Griegos sobre sus sangrientas querellas: «Puesto que hablan la misma lengua, ¿no deberian más

(1) HEROD., VI, 98.

bien enviarse heraldos y embajadores é intentar todas las vías de pacificación, que estar viniendo á las manos?» (1). ¿Cuál era el medio de poner fin á las discordias que amenazaban hacer á la Grecia presa de los Bárbaros? No podía pensarse en reunir todas las repúblicas bajo las mismas leyes, pero al ménos era posible una confederación. Tales habia concebido esta idea. Herodoto abunda en las ideas que el filósofo aconsejó á los Jonios (2): ¿sería tal vez bajo la forma de una gran liga como esperase el historiador ver realizarse la unidad necesaria á la Grecia?

El espectáculo de las guerras médicas debia causar una profunda impresion sobre los espíritus poéticos y religiosos. Esquilo vió en él un castigo de los atentados de que el orgulloso Jérges se habia hecho culpable. Al decir que la divinidad se complace en rebajar todo lo que se eleva demasiado (3), expresa Herodoto el mismo pensamiento. Hay, pues, dioses que se ocupan de las cosas humanas; no es una ciega fatalidad quien preside á los destinos de los pueblos. Las naciones como los individuos hacen por sí mismas su suerte; si combaten por el derecho y la libertad, les son favorables los dioses; si abusan de su poder para entregarse á las malas pasiones, Némesis los persigue con sus justas venganzas (4). La idea de una justicia divina se revela en todos los juicios expuestos por Herodoto sobre los hechos que refiere.

Nos muestra á Cleoménes castigado con la pérdida de su razon por haber despojado á Demarates del trono, corrompiendo á la Pitonisa. El historiador no quiere que se atribuya á otra causa la locura del rey de Esparta: «Los Lacedemonios, dice, la atribuyen á la costumbre que Cleomenes habia contraído entre los Escitas de embriagarse, pero yo creo más bien que pagó con esta pena el hecho cometido con Demarates» (5).

Arcesilao, rey de Cirene, recibió la muerte en pago de su

(1) HEROD., VIII, 144; VII, 9.

(2) IBID., I, 169.

(3) IBID., VII, 10.

(4) Acerca de la idea de la justicia divina en HERODOTO, véase á BENJAMIN CONSTANT, *De la Religion*, XII, 6; O. MÜLLER, *Geschichte der Griechischen Literatur*, t. I, p. 489-491; BAEHR, en la *Real Encyclopädie der classischen Alterthumswissenschaft*, t. III, p. 1248.

(5) HEROD., VI, 75, 84.

crueledad contra enemigos indefensos (1). Su madre pereció porque vengó á su hijo con demasiada inhumanidad; tan cierto es, añade Herodoto, que los dioses odian y castigan á los que llevan su resentimiento demasiado léjos (2).

Segun una antigua tradición, Páris, el raptor de Elena, fué arrojado por vientos contrarios á las costas de Egipto. Enterado el rey de qué habia llegado un Teucro manchado con una accion impia, hizo que le condujesen á su presencia, y pronunció este juicio: «Si no creyese que es de la mayor importancia el no matar á extranjeros á quienes los vientos obligan á detenerse en mis tierras, vengaria con tu suplicio al Griego que te ha dado hospitalidad, y á quien tú, el peor de los hombres, has correspondido con un crimen execrable. Pero, puesto que creo de la mayor importancia no matar á un extranjero, te dejaré marchar; pero no te permitiré que te lleves esa mujer, ni sus riquezas; yo las guardaré hasta que aquel Griego venga á pedírmelas. En cuanto á tí, te mando partir de mis estados juntamente con tus compañeros de viaje, en el término de tres dias: si no, serás considerado como enemigo» (3).

Herodoto está conforme con el gran trágico de Aténas sobre el gobierno providencial de las cosas humanas. Puede decirse que el primer germen de la filosofía de la historia nace con la historia misma. La idea de una direccion de la humanidad por la Providencia es extraña á los antiguos; supone la noción del progreso de que carecian. Esquilo y Herodoto no insisten más que sobre la justicia divina, y es menester agradecerles el haber introducido esta creencia en la historia. Los incrédulos de nuestro tiempo quisieran prescindir de la idea de Dios, bajo el pretexto de que el hombre no puede conocer los designios de su justicia. Es muy po-

(1) HEROD., IV, 165.

(2) IBID., IV, 205.

(3) IBID., II, 114, 115.—En otros lugares representa Herodoto á los culpables, avergonzados del crimen que han cometido y sin valor para aprovecharse de él. Los habitantes de Chios adquirieron una pequeña provincia en Mysia, violando la hospitalidad. No se atrevian á ofrecer en los sacrificios ninguna de las producciones de aquel territorio. No consagraban á ningun dios las tortas amasadas con el trigo que provenia de él; no extendian sobre la cabeza de ninguna victima la cebada que allí recogian. Todo lo que provenia de aquella fuente impura era inmundo, y desterrado de los templos y de los lugares sagrados (HEROD., I, 160).

sible que Herodoto se haya equivocado al afirmar que la demencia de Demarates era más bien un efecto de la justicia divina que del abuso de bebidas espirituosas, pero preferimos estos errores á una doctrina que, si no niega el gobierno providencial, conduce al mismo resultado, puesto que pretende que no podemos conocerle. Tanto valdria decir que, aún engañándose sobre los juicios de Dios, los hombres y las naciones se convencen de que un inevitable castigo seguirá á todo acto contrario á las leyes del deber moral. Para convencerles de ello, bueno es mostrarles la mano de Dios en la historia.

Las guerras médicas exaltaron el patriotismo de los Griegos. En los pueblos como en los individuos no se desarrolla jamás un noble sentimiento sin elevar las almas y purificar las pasiones. Los Helenos se mostraron vencedores generosos porque combatian por la libertad. Hay una ráfaga de espíritu caballeresco en las narraciones de Herodoto. Después de la batalla de Platea, un Griego aconsejó á Pausanias que tratase á Mardonio como Jérges habia tratado á Leónidas. Herodoto califica de impío este consejo, y atribuye á Pausanias esta bella contestacion: «Mi huésped de Egiptina, aprecio tu benevolencia y tu prudencia, pero tu consejo peca contra la sana razon; porque después de haberme elevado hasta el cielo á mí, á mi patria y á mis acciones, me rebajas hasta la tierra, aconsejándome ultrajar á un muerto, y diciéndome que con ello aumentaria mi gloria. Semejante conducta es más propia de los Bárbaros que de los Helenos, y por esta razon los odiamos. En cuanto á mí, no quiero complacer á este precio á los Egipcios, ni á los que aprobasen semejante conducta. Me basta agrada^r á los Espartanos, no haciendo ni diciendo nada que no sea justo. En cuanto á Leónidas, no necesita ser vengado; creo que lo están suficientemente, él y todos los que perecieron en las Termópilas, por esta multitud innumerable de muertos.....» (1).

Este noble patriotismo deja paso bien pronto á guerras civiles entre los Helenos. El espectáculo de la Grecia desgarrándose á sí misma contristó bien pronto á Herodoto. «Así como la guerra es más funesta que la paz, dice, así las conmociones civiles son más

(1) HEROD., IX, 78, 79.

perniciosas que una guerra extranjera emprendida por acuerdo común de los ciudadanos» (1). En general, la guerra tiene pocos atractivos para Herodoto. No conocemos palabras más bellas sobre los males que nacen de las sangrientas querellas de los pueblos, que las del padre de la historia: «No hay hombre bastante insensato para preferir la guerra á la paz. En la paz los hijos cierran los ojos á sus padres; en la guerra los padres entierran á sus hijos» (2). Pero, ¿cómo creer en la posibilidad de la paz en una época de guerra universal? Los antiguos, no concibiendo que la paz pudiese realizarse jamás en el mundo tal como lo veian, imaginaron un estado ideal que colocaron en una edad de oro ó en pueblos lejanos y desconocidos. Herodoto nos presenta á los Etiopes como hombres justos que aborrecen las conquistas (3). Hoy creemos en una perfectibilidad creciente de la especie humana. ¿Será un sueño como el de la edad de oro? Los progresos que los pueblos han realizado ya son una garantía de los que aún pueden realizar, y si no es dado á seres limitados alcanzar el ideal, al ménos pueden aproximarse á él: esta es la ley providencial de su destino.

§ II.—Tucidides.

Antes de escribir la historia, Tucídides habia tenido participacion en los asuntos públicos. General desgraciado, fué castigado con el destierro. En su retiro concibió el pensamiento de hacerse el historiador de aquella funesta guerra del Peloponeso, de que era testigo. El tiempo en que vivió ejerció una profunda influencia sobre el carácter de su genio. Estaban lejos los bellos dias en que el entusiasmo de la libertad y de la patria habia reunido á los Griegos alrededor de Atenas y de Esparta. Abusando de la hegemonía, los Atenienses practicaban el derecho del más fuerte: la fuerza era la ley suprema de las relaciones internacionales. Tucí-

(1) HEROD., VIII, 3.

(2) IBID., I, 87.

(3) IBID., III, 21.

dides es el órgano fiel de este estado social. Los antiguos le han acusado de ateísmo (1); puede decirse al menos que parece extraño á los sentimientos que honran á la humanidad. Sin embargo, al juzgar á Tucídides no debemos olvidar que el autor no aparece jamás en sus narraciones; sus personajes solos ocupan la escena; los discursos que les atribuye no tienen por objeto más que manifestar los principios de su política. La crítica que nos atrevemos, pues, á hacer de Tucídides, se dirige al siglo en que vivió más bien que al gran historiador.

Testigo y narrador de las escenas más espantosas de que la Grecia fué teatro, Tucídides no deja escapar una palabra de compasión para las víctimas de aquel horroroso derecho de gentes, no tiene ni una palabra de censura para los vencedores. Habiéndose apoderado los Atenienses de una ciudad de Egina, le pusieron fuego, destruyeron todo lo que allí habia, y decidieron dar muerte á todos los prisioneros: «Era, dice Tucídides, el efecto del odio antiguo que los Atenienses habian tenido siempre á los Egine-tas» (2). Parece que el historiador encuentra natural que un pueblo satisfaga su pasión de venganza; sin embargo, era contemporáneo de Sófocles, que dejó oír estas evangélicas palabras: «Mi corazón está hecho para compartir el amor y no el odio.» Pero los sentimientos de los poetas, como las ideas de los filósofos, no habian penetrado aún en la vida; habia como un abismo entre la civilización intelectual y las costumbres. Al mismo tiempo que Sócrates enseñaba que lo bueno y lo bello son idénticos, que el mayor de todos los males es cometer una injusticia, proclamaban los Atenienses el interés como ley de la política: «Para un príncipe, decían, ó para un estado que goza del imperio, nada de lo que le es útil es contrario á la razón; no quiere más que á aquellos con quienes puede contar; debe, según las circunstancias, ser amigo ó enemigo» (3). Hemos referido ya la conferencia de los diputados de Atenas y los Melenses, en la que los primeros representan el derecho del más fuerte como una ley emanada de los

(1) MARCELLINI, *Vita Thucyd.*, § 35.

(2) THUCYD., IV, 57.

(3) IBID., VI, 85.

dioses. Tucídides no protesta contra esta degradante doctrina; ¿participaría como hombre público de las preocupaciones de su época?

Puede decirse que el historiador está desprovisto del sentimiento de humanidad como los hombres cuyos excesos cuenta. Hemos dicho cuál fué la conducta de los Atenienses respecto de los habitantes de Mitilene que habian abandonado su alianza para seguir el partido de Lacedemonia; el pueblo los condenó á muerte, pero, movido á piedad, volvió á deliberar nuevamente sobre su suerte. Tucídides pone en boca de Cleon los motivos que podian inducir á los Atenienses á persistir en su primera decision. Dice que se debe estar prevenido contra la compasión y la indulgencia, vicios funestos para la dominación; no admite la humanidad más que cuando es útil, pero, si no proporciona ninguna ventaja, es una mentira; sostiene que los Atenienses harán bien en castigar á los Mitilénios por su defección, aún cuando fuese justa; si quieren conservar el imperio es menester que consideren más bien el interés que la justicia; si no, deben renunciar á la hegemonía y dedicarse, fuera de los peligros que entraña, á humildes virtudes (1). Otro orador, Diodoto, expone las razones que decidieron al pueblo á examinar nuevamente su decreto de muerte. Aquí espera uno una protesta calorosa contra las doctrinas de Cleon; pero á pesar de que toma el partido de la clemencia, Diodoto no se apoya más que sobre el interés político mejor entendido: «No debemos deliberar sobre las ofensas de los Mitilénios para ver si obramos sabiamente, sino sobre el mejor partido que nos convenga tomar. Aún cuando los Mitilénios hubieran cometido el mayor de los crímenes, no por esto deduciría yo que era menester darles muerte, si su muerte nos es inútil; y si fuesen dignos de alguna clemencia yo no diría que se les debia perdonar, si esto no fuera ventajoso á la república.» El orador no busca, pues, cuál es la resolución más justa, sino cuál es la más provechosa. Cleon habia sostenido que era preciso intimidar á los aliados castigando la defección de los Mitilénios con la muerte. Conviene, por el contrario, dijo Diodoto, hacer ver á las ciudades sublevadas que un pronto arrepentimiento pue-

(1) THUCYD., III, 40.

de borrar su crimen; de este modo entrarán en transacciones, mientras aún les queda con qué pagar los gastos de la guerra, y estarán en estado de pagar los tributos en el porvenir; y precisamente estos tributos son los que constituyen nuestra fuerza contra nuestros enemigos. El orador prueba en seguida que para la conservación de su dominación es bastante más ventajoso á los Atenienses el tolerar de buen grado una ofensa que castigar justamente á aquellos á quienes les importa perdonar. Concluye diciendo que no quiere excitarlos á mostrar exceso de piedad ó de indulgencia, sino que deben seguir su opinión como la de más utilidad (1).

¿Qué era, pues, aquel pueblo que pesaba friamente los motivos de interés político que debían inclinarse á la clemencia ó al rigor? La guerra no era del agrado de los griegos; apenas habían transcurrido algunos años desde el principio de las hostilidades, y ya los Espartanos y los Atenienses suspiraban por la paz (2): «Habíase pactado una tregua de un año, dice Plutarco, y disfrutando meramente el placer de verse reunidos sin temor, de entregarse al descanso y de ver en libertad á sus huéspedes y á sus parientes, todos los ciudadanos deseaban vivamente pasar una vida tranquila y sin guerra. Oíase con gusto á los coros que cantaban:

«Dejemos que mi lanza se cubra de telas de araña.»

Recordábase con placer el dicho de que en tiempo de paz no nos despierta la trompeta, sino el canto del gallo. No había, por consiguiente, buenas disposiciones para admitir la predicción, según la cual la guerra había de durar tres veces nueve años (3).

Estos sentimientos eran generales. El rey de Esparta confiesa que la guerra es un mal. Antes de emprenderla los Atenienses aconsejaban á los Espartanos que considerasen bien sus desgracias y vicisitudes (4). Tucídides habla de la guerra, como pudiera hacerlo un político de los tiempos modernos: «Cuando la elección es libre y la posición ventajosa, es una gran locura escoger la guer-

(1) THUCYD., III, 44, 40, 46-48.

(2) IBID., II, 65.

(3) PLUTARCH., *Nicias*, 9 (trad. de PIERRON).

(4) THUCYD., I, 80, 78.

ra. Pero cuando se presenta la alternativa de ser dominado por los vecinos, si se cede, ó de buscar la salvación en los azares de la guerra, entonces no se censura al que arrostra los peligros, sino al que huye de ellos» (1). Tucídides aprecia también las ventajas de la paz, la cual, según opinión general es el mayor de los bienes. Si los unos prosperan, dice, y si los otros se quejan de su suerte, ¿no creéis que la paz es más propia que la guerra para poner término á los males del infortunio y para conservar al hombre feliz su bienestar? ¿No hace más sólidos los honores, más seguras las dignidades, y no presenta mil bienes, cuyo detalle sería tan largo como el de los males de la guerra?» (2). Fué un gran paso en el camino de la paz el día en que los pueblos reconocieron que la guerra no es un bien, y que antes de emprenderla deben calcularse las funestas consecuencias que trae consigo. Una vez planteada la cuestión en el terreno de la utilidad, las guerras serán cada día menos frecuentes, y llegará un día en que todo el mundo estará interesado por la paz. Esto no quiere decir que el interés deba ser el único motivo para decidir la paz ó la guerra. Hay en la vida de las naciones algo más grande que el interés, y es la justicia y la libertad. Cuando éstas se hallan comprometidas todos los intereses deben callarse. ¡Desgraciados de los pueblos que prefieren su reposo y su tranquilidad al mayor de los bienes! Están moralmente muertos, y no merecen ya vivir.

§ III. — Jenofonte.

La guerra del Peloponeso preparó la disolución de las ciudades griegas. Sin embargo, en medio de las disensiones civiles hubo un inmenso movimiento intelectual; los poetas hicieron oír en la escena acentos de clemencia: los filósofos enseñaron una moral que no separaba ya lo útil de lo justo, y traspassando las fronteras de su patria se proclamaron ciudadanos del mundo. El espectáculo de la guerra, debilitado por sus divisiones, y las lecciones de

(1) THUCYD., II, 61.

(2) IBID., IV, 62.

Sócrates, inspiraron á Jenofonte el patriotismo helénico y la humanidad que le distinguen.

Al continuar la historia de Tucídides sorprendió á Jenofonte la profundidad del mal que minaba á la Grecia. Como hombre público, tomó parte en la expedición de los griegos auxiliares de Ciro, y tuvo ocasión de convencerse por sí mismo de cuán poco temible hubiera sido el imperio de los Persas para los Helenos si éstos hubieran estado unidos. Su alianza con Agesilao, que por su parte deseaba también unir contra los Bárbaros las fuerzas de la Grecia, robusteció su patriotismo; se elevó sobre los intereses particulares de Atenas para no tener en cuenta más que los intereses generales de la patria griega. Este sentimiento resplandece en el elogio que Jenofonte hace de Agesilao. Ensalza á su héroe por el odio que profesaba á los Bárbaros: «Está bien hecho el odiar á los Persas, dice el historiador, porque uno de sus antiguos monarcas hizo una expedición contra los Helenos para subyugarlos, y porque su rey actual, ó bien se une con los pueblos que en su concepto pueden perjudicar más á nuestro país, ó ayuda con subsidios á los que cree que pueden hacer más daño á la Grecia» (1). Bajo el punto de vista de la fraternidad de las naciones debemos condenar el amor de la patria que se manifiesta como odio. Pero téngase en cuenta que los Griegos se hallaban desgarrados por sus rivalidades, que las más poderosas repúblicas sacrificaban la dignidad y la independencia de la Grecia á sus intereses ó á sus pasiones, mendigando socorro á la puerta de los sátrapas del Gran Rey para combatir á sus conciudadanos; en este caso se concebirá que hubiera sido un inmenso beneficio para los Helenos el estar unidos por un lazo común, aún cuando este lazo hubiera sido el odio á los Bárbaros. El patriotismo de Jenofonte, que hoy nos parece mezquino, era, pues, un verdadero progreso; atenúa lo odioso de su conducta en las relaciones de Atenas y de Esparta (2). No tratamos de justificar al ciudadano que empuña las armas contra su patria; pero tal vez puede aceptarse como

(1) XENOPH., *Agesil.*, VII, 7.

(2) JENOFONTE fué desterrado de Atenas por haber acompañado á Agesilao en su expedición al Asia. En la batalla de Coronea combatió en las filas de los Espartanos contra sus conciudadanos. Aprobó la vergonzosa paz de Antalcidas.

una excusa la convicción de que la hegemonía lacedemonia, en la época en que Agesilao había amenazado seriamente el imperio de los Persas, era la única que podía salvar la independencia de la Grecia.

Platon decía que siendo los Griegos hermanos no debían hacerse la guerra entre sí. Jenofonte es también partidario decidido de la paz. La considera como el mayor de los bienes, y la guerra como el mayor de los males (1). Pero ¿cómo explicar que siendo la paz tan gran bien la guerra sea un hecho universal? Es la voluntad de los dioses, responde el historiador, que haya guerras entre los hombres (2). No tratar de penetrar los designios de la Providencia parece aceptar la guerra como un hecho necesario, inevitable. No inclina, sin embargo, su cabeza al yugo de la fatalidad: hay en él la creencia instintiva de que el hombre debe hacer uso de su libertad y de su inteligencia para disminuir el imperio del mal. Jenofonte quisiera que las guerras fuesen menos frecuentes; no admite su legitimidad sino cuando hay poderosos motivos para emprenderlas (3). El discípulo de Sócrates aplica á las relaciones de los pueblos los principios de la moral que su maestro le ha enseñado: «Se puede hacer la guerra para rechazar una ofensa; no se la debe emprender para hacerse culpable de una injuria» (4). Apoya estos motivos de justicia en consideraciones de utilidad, las cuales debían tener más influencia sobre pueblos acostumbrados á obrar conforme á las reglas del interés. Al tratar de los impuestos del Atica, el historiador demuestra que es necesaria la paz para aumentar su producto: partiendo de este principio, expone las ventajas que tendría para los Atenenses; pide la creación de magistrados encargados de mantenerla: semejante institución atraería á Atenas á los hombres de todos los países. Sería un error el creer que una paz perpétua disminuiría el poder de la ciudad de Minerva y la celebridad que ha adquirido en toda la Grecia. ¿Cuáles son las ciudades cuya felicidad es por todos recono-

(1) XENOPH., *Hiero.*, II, 7.

(2) IBID., *Hellen.*, VI, 3, 6.

(3) IBID., VI, 3, 5: καὶ σωφρόνων μὲν δήπου ἐστὶ μὴδὲ εἰ μικρὰ τὰ διαφέροντα εἰς πόλεμον ἀναρτῆσθαι.

(4) IBID., *de Vectigal.*, V, 13.

cida? Las que han conservado una paz larga y duradera. Esto es cierto principalmente respecto de Atenas, la cual sobresaldría entre todas las demás ciudades si conservara la paz. Jenofonte responde despues á los que, deseando recobrar el imperio del mar, creían que la guerra era un medio más seguro que la paz. Pregunta si fué la dulzura ó la violencia la que hizo adjudicar á los Atenienses la hegemonía en la época de la invasión de Jérges. Termina invitándolos á intervenir en las guerras que desgarran á las repúblicas para reconciliarlas, y en las luchas de las facciones para restablecer la concordia entre los ciudadanos. «Si se os ve trabajar, dice, en el establecimiento de una paz perpétua por mar y por tierra, yo creo que todo griego, despues de haber deseado la felicidad de su patria, deseará tambien la de Atenas» (1).

Era imposible la paz entre los Helenos que habían nacido divididos. Los filósofos proclamaban que los hermanos no debían luchar entre sí; pero no se atrevían á esperar el término de sus disensiones. Platon quiere que la caridad intervenga, siquiera para moderar el furor de los combates. Jenofonte se eleva á la altura del gran filósofo en su *Ciropedia*. Traza el modelo de un príncipe y de un gobierno perfectos; es el *Telmaco* de la Grecia (2). No abandona enteramente el derecho existente para buscar una política imaginaria: toma por punto de partida el poder absoluto del vencedor sobre el vencido (3). Pero en la aplicación limita este derecho por medio de la clemencia y de la humanidad, y se separa enteramente de los usos bárbaros practicados por los Griegos.

¿Cuál era el principio fundamental del derecho de gentes de los Helenos? Hacer al enemigo el mayor daño posible para obligarle á pedir la paz: de aquí las horribles devastaciones que convirtieron la Grecia en un desierto. El héroe de Jenofonte, para disminuir los males de la guerra, conviene con el rey de los Asirios en que haya paz entre los labradores, y guerra entre los hombres armados (4). ¿Cuál era entre los Griegos la condición de los ven-

(1) XENOPH., c. 5.

(2) «Si entre nuestros escritores modernos hay alguno á quien pueda compararse Jenofonte, es Fenelon.... Hay seguramente alguna relación entre el *Telmaco* y la *Ciropedia*» (THOMAS, *Ensayo sobre los elogios*, c. 9).

(3) XENOPH., *Cirop.*, VII, 5, 72 y sig.; III, 3, 45.

(4) IBID., V, 4, 24-27.

cidos? El vencedor era considerado como clemente cuando se contentaba con vender los prisioneros ó expulsar á los habitantes. Ciro se había apoderado de Sardes, la ciudad más opulenta del Asia despues de Babilonia: no quiso entregarla al saqueo; pero, por otra parte, los soldados pedían la recompensa de sus trabajos; si no reportaban ninguno, no se podía confiar mucho tiempo en su obediencia. Convino, pues, con Creso en que la ciudad no sería saqueada; que los Lidios no serían separados de sus mujeres ni de sus hijos, pero que en pago de esta gracia, presentarían por sí mismos todo lo más precioso y bello que Sardes contenía (1). La idea de Jenofonte de imponer á los habitantes de los países enemigos una contribución, no fué introducida en el derecho de gentes hasta los tiempos modernos: este uso disminuye los males de la guerra, respetando á las personas. En cuanto á los prisioneros cogidos en las batallas, Ciro les daba libertad. Explica los motivos de esta manera de obrar á su ejército: «Dando libertad á los cautivos, nos evitamos el cuidado de defendernos de ellos, de custodiarlos y de alimentarlos; aumentaremos el número de los prisioneros; porque si nos apoderamos del país, todos los habitantes vendrán á nosotros, y, cuando los demás vean que concedemos á éstos la vida y la libertad, preferirán obedecernos á probar la suerte de las armas.» Ciro hace en seguida reunir á los prisioneros, y les dice: «Vuestra sumisión os ha salvado la vida; si seguís portándoos de la misma manera no os sucederá nada desagradable; no habreis hecho más que cambiar de señor. Pero no volveréis á hacer la guerra, ni á nosotros, ni á ningún otro pueblo; si sois insultados, nosotros combatirémos por defenderos. Si alguno se entrega con buena voluntad para procurar sernos útil con sus acciones ó con sus consejos, lo trataremos, no como cautivo, sino como bienhechor y amigo» (2).

Esto es clemencia aconsejada por la política, se dirá. Pero pre-

(1) XENOPH., VII, 2, 11, 14.

(2) IBID., *Cirop.*, IV, 4.—Ciro manifiesta los mismos sentimientos en todas las ocasiones. Egipcios servían como auxiliares en el ejército de Creso; eran los únicos de los enemigos que no retrocedían. Ciro, admirando su valor, y viendo con dolor perecer tantos valientes, hizo cesar el combate, y les ofreció la vida y tierras si querían entrar á su servicio (*Cirop.*, VII, 1, 41-45).

guntaremos: ¿cómo es que los Griegos no echaron de ver que había utilidad para ellos en ser humanos? ¿Consistirá en que el sentido de la humanidad no estaba bastante desarrollado en ellos? Y si Jenofonte ve también las ventajas de la clemencia, ¿no consistirá en que siente su corazón moverse á compasión por las desgracias de sus semejantes? El rey de los Lidios había caído en poder de los Persas; Ciro lo hace conducir á su presencia. En cuanto Creso ve á su vencedor, exclama: «Yo te saludo, mi señor, porque la fortuna te ha concedido este título desde hoy, y me obliga á dártelo.» — «Yo te saludo también, le respondió Ciro, porque eres un hombre lo mismo que yo» (1). Conmoverse por la situación del rey cautivo, le devolvió su mujer, sus hijas, sus amigos, sus servidores; únicamente le prohibió la guerra (2). ¡Qué inmensa distancia entre los sentimientos de Jenofonte y los hechos que pasaban á su vista! Los generales de Atenas, ahogados en Siracusa por los Griegos mismos; los prisioneros atenienses, condenados á muerte en Egos-Potamos como criminales, al paso que Ciro respeta y honra en el enemigo vencido la cualidad de hombre! ¿No parece que se encuentra uno en otra edad, en medio de la civilización moderna? La humanidad de Jenofonte no es todavía más que un ideal; pero llegará tiempo en que el ideal se realice, en que los hombres no solamente respetarán en el enemigo la cualidad de hombre, sino que le amarán como á su hermano.

(1) XENOPH., VII, 2, 9, 10.

(2) IBID., VII, 2, 26.

CAPITULO V.

LOS ORADORES.

§ 1. — Isócrates.

En los tiempos de decadencia intelectual se desdeña la filosofía como una especulación ociosa que no tiene influencia alguna sobre el destino de los hombres. La Grecia desmiente rotundamente ese degradante materialismo, demostrando que las ideas gobiernan el mundo (1). Las doctrinas de los filósofos, emanación del espíritu helénico, reobraron sobre todas las manifestaciones de la vida nacional. La historia se inspiró en ellas: Jenofonte dedujo de las lecciones de su maestro una nueva teoría del derecho de guerra. Eurípides, discípulo de Anaxágoras, enseñó en el teatro una moral superior á la del paganismo. Había una tribuna más poderosa en donde se decidían los intereses de Atenas y la Grecia entera. Oirémos á Demóstenes, imbuido en la filosofía de Platon, aplicar el ideal de lo justo y de lo injusto á las relaciones internacionales. Otro orador fué discípulo de Sócrates; el sabio adivinó el genio de Isócrates; veía en los ensayos del jóven un carácter más elevado que en los discursos de sus rivales; le predijo que «no solamente eclipsaría como á niños á los que se habían ensayado en su arte, sino que una divina inspiración le arrastraría á mayores co-

(1) «Nichts ist durch den Geist in das Menschheitleben eingetreten, was nicht zuvor und zugleich in wissenschaftlicher Erkenntniss da gewesen» (KRAUSE, Das Urbild der Menschheit, p. 334).